

80 Años De Guzmán Cruchaga

Por Guillermo Trejo. Fotografías de Luis González

El poeta, Premio Nacional de Literatura, 1962, Juan Guzmán Cruchaga, uno de nuestros mejores embajadores de clásica cepa, acaba de cumplir 80 años de edad, pero sólo pareciera tener algo más de 60. El, como los sabios del Oriente, ha logrado atrasar el reloj del tiempo, como fruto de una vida de continua creación. Pícaro y cazurro, su carácter alegre, aunque austero, da fe de la mezcla vasca con los aires andinos. Una profunda ambición espiritual escapa con agresiva búsqueda de altura, no solamente por los sinuosos y dulces ritmos de sus versos, sino por su palabra calmada, con sonidos de órgano que ejecuta su música hacia adentro, pero que al mismo tiempo invita a sus interlocutores o auditores a recorrer los pasillos de esa catedral poética que es su vida cotidiana.

ITINERARIO Y AMIGOS

Juan Guzmán Cruchaga ha conocido a lo más granado del mundo creador literario, no sólo español o iberoamericano, sino mundial. Esa ha sido la cosecha de su vida creadora y diplomática.

Amigo personal, íntimo y respetuoso, a la vez que admirado, de Gabriela Mistral, la conoció, inclusive, en la intimidad de sus dolencias físicas, aquellas que finalmente posieron fin a una vida ilustre y firme como pocas. El la aconsejó, cuando obtuvo el Premio Nobel, sobre cómo debía invertir sus dineros. Pero una fuente o un objeto cualquiera que posea una casa vieja atrae más a Gabriela que la economía de la inversión y compró una vieja casa en tierras norteamericanas. Sin embargo, sólo el amor de Juan Guzmán por su ilustre colega en las letras lo hizo pensar en problemas que él mismo no es capaz, o no quiere, o simplemente, no puede pensar para sí propio.

Con Neruda lo unió una similar amistad y el vate tumultuoso realizó en cierta oportunidad un viaje especial a Colombia, sólo para abrazarlo. No menos impactante resulta conocer la amistad que lo unió al reconocidamente difícil Juan Ramón Jiménez. Aquí, en esta amistad, su mujer, el verdadero ángel tutelar de Juan Guzmán Cruchaga, Raquel Tapia Caballero, juega un papel preponderante. Ella cuidaba las enfermedades de Juan Ramón, mientras la docta y genial esposa, Zenobia Camprubí, lo reemplazaba en su cátedra de Literatura Española, en medio de un mundo de lengua inglesa que Juan Ramón jamás aprendió a conocer. Además, ambas embajadoras chilenas paliaban, con real diplomacia, las dificultades humanas de relación que provocaba el carácter del gran Premio Nobel español.

Pero interesa saber cómo la personalidad de Juan Guzmán Cruchaga ha conquistado a los poetas jóvenes de otros países. Son muchos los homenajes que se le han hecho en países de América Central y en Estados Unidos. Sus poemas más estimados han sido impresos sobre losas de hermosos veladores o mexillas, también en platillos de terracota anorcelanada, como expresión indeleble de esa admiración. Y el poeta, que ha publicado gran parte de su principal obra en el extranjero, resulta aún hoy más conocido en su profundidad

ad extra que intra de su propia casa patria.

Toda esta circunstancia de su vida parece que él la vaticinó o presintió en el título de una de sus obras: "La otra cara del sueño", una de sus obras predilectas que comenzó a escribir en Colombia, principio de los años 40 y terminó en Estados Unidos. El sueño calderoniano de Juan Guzmán Cruchaga invadió su propia vida. Y visitarlo en su casa, situada frente al mar viamariano, es una insinuación al sueño que constituye una reconfortante invitación a la vida.

CUENTOS POR ENCARGO

Sin embargo, no menos emocionante que lo ya señalado, resulta la forma como este poeta ha sabido ser padre. De qué manera sus hijos ya adultos lo aman, lo respetan, lo estiman. Uno de ellos, Fernando, hacia 15 años que no lo veía, porque se radicó en Estados Unidos—como otra hija suya; su tercer hijo varón es destacado juez en Santiago—. Vino a participar en la conmemoración de sus 80 años. Consultado por nosotros para que nos definiera al poeta como padre, nos dijo: "Fue severo y justo, dicharachero y señorial. Nos inventaba hermosos cuentos, pero antes nos exigía que le diéramos el esqueleto o la planificación del cuento que queríamos escuchar y el elenco de personajes. Con ese bosquejo él construía para nosotros esos cuentos inolvidables".

Al definirnos al creador, Juan Guzmán nos dijo: "El creador es un atento a voces que no parecen propias. Al hombre de afuera le parece ajeno lo que procede del hombre de adentro. Pero el hombre es una unidad y sabe que las voces le son propias".

Y es que el poeta Guzmán Cruchaga es un hombre de fe. El cree en el misterio que nos rodea y al cual vamos retirándole velos y coberturas, en la misma medida en que continúa siempre sumido en velos aún más densos y desconocidos.

Al conversar sobre esos misterios, recuerda a su entrañable amigo de siempre, Daniel de la Vega. Y también a Vicente Huidobro, quien, en una ocasión, le salvó, en su hacienda de Lolileo, de morir ahogado. Con ambos tuvo experiencias que podrían tildarse de paranormales. Y a Juan Guzmán eso no lo escandaliza, a la vez que cree sin tapujos en los caminos que trascienden la vida de la tierra y que los sabios antiguos, en el viejo Tibet, en la China antigua—cultura que le es muy conocida, porque fue embajador en China y aprendió algo de su atractiva lengua—, llegaron a explicar y vivir con realidad cotidiana.

De tal manera que, compartir la mesa, el hogar, la charla, con Juan Guzmán Cruchaga, es realmente una tarea sin posibilidad de definición fácil. Hay una contagiosa vitalidad, una fuerza serena, un amor por el oficio y el quehacer, al que ha dedicado su vida, que llaman a la admiración, al respeto y al cariño, pero todo ello con espontánea y sana acción. No causa inhibición su presencia, sino más bien un incentivo veloz, un acicate restitutor y un clamor silencioso a que cada uno siga ese ejemplo. El hombre que acompaña al poeta está a la altura del poeta que acompaña al hombre.



Cargado de libros, creaciones y testimonios de amigos inmortales



El diario paseo frente al mar



Declama una de sus poesías favoritas

Su Poesía

Ingresar a la poesía de Juan G. Cruchaga es ingresar al reino de lo feérico, de lo maravilloso, de lo misterioso, en un encandilado itinerario.

Con calma y enérgica letra, con temple e irrestañable fantasía, desde 1895, el poeta está en esta búsqueda, asombrándose, desvelando, desvelándose, conjugando, conjugándose, jugando con la júbilo seriedad con que al jugar se juegan los niños. De los niños y poetas es el reino. Este reino que no es de este mundo. Es del trans-mundo y a él se accede por y con el transconsciente.

El método, el camino se hace a la manera de
"Pastor de nubes, labio
que no se ve,
río loco del cielo,
río que río fue".

Fluidez, ingravidez, soltura de ánimo y de cuerpo, veteada de "inquietud iluminada", nos conduce al reino, isla que

"La rodea un anillo de silencio
y la defiende un arco de distancia"
en que se aspira, se inspira un espacio y un tiempo de otra especie, infinitos, eternos. Ahí nos intemporalizamos:

"En la estación dorada y silenciosa
hay un puñado de aire donde ardía la rosa".

Dos versos, anverso y reverso, atmósfera y horizontalidad; ondulación y fluencia; dos versos.

Magnetizados por esta alta sombra y honda lumbre, seguimos el sendero que ciega los regresos, aun sintiendo bajo los pies el acorazado afiebrado del "cauce de sed donde cantaba el río" hasta llegar a "levantar en el hueco de las manos el agua de estanque con todas las estrellas sin que se nos apaguen".

Aro, cauce, anillo mágico que circunda, reino en que navega y se espiraliza en reflejos la interioridad:
el anillo quebrado
o perdido en el mar
pesa ahora en mi dedo
mucho más".

Cuando esto ocurre y la fragilidad de la contingencia se desangra y sentimos su "chorro cada vez con menos fuerza" (García Lorca) y cuando la plenitud de lo necesario se despliega con la seguridad y desentortura con que pueblan su universo las criaturas inmortales, estamos frente a la poesía viva que desborda todas las escuelas.

De Juan Guzmán Cruchaga es este reino en que una realidad, transfigurada, trascendiendo su esencia, se irradia en fluidez gracia, ritmo, fuerza y autonomía de ser; reino de pintura, hondura, amplitud, con "lámparas" encendidas y "puertas" abiertas al abierito (horizonte,

a sus voces, a sus luces.

FIDEL SEPULVEDA



Su esposa, Raquel Tapia Caballero, pieza maestra de su vida